

Miguel Alberto Guérin
Universidad Nacional de La Pampa

INMIGRACION, IDEOLOGIA Y SOLEDAD EN LA GENESIS DE RADIOGRAFIA DE LA PAMPA

E. Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*. Edición crítica.
Coordinador: Leo Pollman.
Argentina - Brasil - Colombia - España - Francia - Italia - México - Portugal,
Archivos, 1991, pp. 385-407.

INMIGRACIÓN, IDEOLOGÍA Y SOLEDAD EN LA GÉNESIS DE RADIOGRAFÍA DE LA PAMPA

Miguel Alberto Guérin

Estamos solos, es sabido.

Ezequiel Martínez Estrada, «Luna nueva» (*Motivos del cielo*, 1924)

Martínez Estrada no estaría solo, él que tanto debió sufrir de soledad.

Victoria Ocampo, «Cortina de alas»

La segunda de las seis partes de *Radiografía de la pampa* se titula «Soledad» y está destinada a exponer características sociales y psicosociales del «hombre» de la pampa que permiten identificarlo y distinguirlo de otros hombres de la Argentina.

Se ha señalado que la soledad —una temática que la literatura y la plástica argentinas vinculan al «desierto» primero y a la «pampa» después— alcanza su culminación en la obra de Ezequiel Martínez Estrada, quien sabe combinar su sentimiento de irreparable soledad con su sensibilidad ante la naturaleza y el paisaje, en una original forma de fatalismo geográfico.¹

Resulta evidente que, para Martínez Estrada, la soledad fue un agudo y contradictorio sentimiento personal que documentó en sus cartas, expuso en su poesía e indagó en sus cuentos, en los que la presenta como la causa desencadenante de dramas protagonizados por el hombre de la pampa y de la ciudad. También logró convertirla en un concepto que prestigió al enraizarlo en la literatura argentina precedente y que utilizó como versátil instrumento explicativo en su obra de ensayista, en la que adquiere una extensión superior a la de un determinismo geográfico.

Este trabajo explora, en *Radiografía de la pampa*, el sentido teórico que Martínez Estrada da a la soledad tanto en lo social como, de manera consecuente, en lo individual, y lo confronta con las vinculaciones que la soledad establece en el espacio biográfico. Aunque esta confrontación indaga, de manera inevitable, hasta qué punto la percepción que un autor tiene de sí mismo y del mundo tiñe su producción intelectual o su creación literaria, el objetivo principal es manifestar, desde una perspectiva histórica, las características de la

¹ «In Martínez Estrada the literature of solitude reaches its culmination, for it is in his works that the sentiment of desolate loneliness and a sensitivity to nature and the landscape are skillfully combined in a unique form of geographic fatalism» (Earle 1971, I, 75).

organización social en la que se desarrolla un sentimiento de soledad que llega a resultar relevante en la psicología individual y condicionante de la percepción de la sociedad misma.

El propósito más evidente de la mencionada segunda parte de *Radiografía de la pampa* es demostrar que los habitantes rurales y urbanos de la pampa no conforman una sociedad.² Para ello, mediante una prosa connotativa, que acepta imágenes, comparaciones y aun metáforas, Martínez Estrada construye dos principios generales, de substancia histórica, sobre los que organiza su aparato explicativo, a los que llamamos aislamiento cultural y aislamiento social del hombre de la pampa.

Aislamiento cultural y aislamiento social

Para Martínez Estrada la historia es sólo la «trayectoria» de la civilización, el devenir de uno de los ensayos, el más esencialmente humano, realizado por el hombre: un ensayo «válido» por ser coordinado, en tanto se nutre del hacer y trabajar de todos, y por ser sistemático, ya que se realiza en consecuencia con sus orígenes y, sobre todo, con conciencia de los objetivos.³ Todo otro ensayo — toda producción sociocultural — diferente del válido resulta equivocado y, en consecuencia, queda fuera de la historia, por lo que sus ejecutores carecen de pasado y de porvenir.⁴ La historia, entonces, no comprende a todos los hombres que existen y han existido, se liga solo a una raza, la blanca, y a un ámbito, Europa.⁵

Mediante esta discriminación sociocultural y genética, Martínez Estrada conforma el primer postulado útil a su argumentación: los diversos pueblos aborígenes de América eran esencialmente diferentes del español. Durante la «vida americana» de América, antes de la llegada del conquistador, el indio puede haber permanecido en el «estado de barbarie» del pleistoceno o haber llegado a conformar civilizaciones.⁶ En ambos casos sin embargo, estuvo aislado de la historia.⁷ La conquista, en vez de reparar este aislamiento, lo reforzó, porque el conquistador español, un representante quizá no prototípico del ensayo válido del hombre, no comprendió al indio, confundió su ahistoricidad con inhumanidad y, a partir de

² «La sociedad queda exenta de culpa, porque no existe» (RP, II, II, «Los pobres», 83); «La pampa es un lugar de dispersión. Contra toda voluntad, la soledad es más fuerte que el trabajo por ser un estado constante y estable, y éste un estado precario, que no coordina fuertemente con un plan social, unánime, místico» (RP, II, II, «Hostilidades de la soledad», 79).

³ «La historia apunta cuando el hombre hace y trabaja coordinadamente y, más aún, cuando ese hacer y trabajar coordinados concuerdan con el estilo de hacer y trabajar en general del hombre» (RP, II, III, «El mundo y el hombre», 85); «Para nosotros no puede ser historia nada de todo aquello que ha ocurrido fuera del foco de la experiencia aprovechada, nada que no esté en la dirección del desde donde o del hacia adonde de nuestra trayectoria» (ibidem, 86).

⁴ «América [...] desenvolvía su vida en formas asincrónicas y asimétricas con el ritmo y la estructura de los ensayos conocidos y válidos. Su experiencia, desde la arquitectura y el arte, hasta el derecho y la religión, no sirvieron al gran ensayo que el hombre venía realizando sistemáticamente en otros puntos» (RP, II, I, «Un mundo sin experiencias», 52).

⁵ «Lo demás, la tierra plana, la pampa litoral y central, es Argentina, la tierra de Europa, la tierra del blanco» (RP, II, III, «Las fuerzas de la soledad», 93).

⁶ «Estaban intactos, cuando llegaron las carabelas, los hombres del Pleistoceno» (RP, II, I, «Un mundo sin experiencias», 51); «América tenía civilizaciones, pero no tenía pasado, era un mundo sin pasado y hasta entonces sin porvenir» (ibidem, 52).

⁷ «América no había evolucionado a causa de su aislamiento y quedó incrustada en su medio, y el aislamiento es aún hoy la fuerza indígena que amenaza con destruir la civilización que se ha encerrado en recintos herméticos» (RP, II, I, «La región de cada uno», 53).

entonces, lo temió primero y luego, cuando lo advirtió indiferente ante su religión y resistente a sus audeces, lo acometió «rabioso».⁸

La forma de aislamiento que corresponde a este primer postulado, la imposibilidad de que dos conjuntos de culturas establezcan interacciones que les permitan integrarse como partes de un todo, no es reparable. El mestizo racial deberá optar, dentro de «centenares de años», entre la cultura de su padre y la de su madre.⁹ En América, los hombres integrantes de la civilización no pueden advertir ningún signo de pasado humano en los restos de la cultura material del indio ni en las modificaciones por él introducidas al paisaje: si, como sucede en algunas zonas de la pampa, esas modificaciones y esos restos son todo lo que el paisaje muestra, se sienten «los primeros pobladores», se sienten «solos» en el tiempo.¹⁰ La tierra no determina la soledad, se limita a evidenciar su causa: el aislamiento cultural, que es a la vez aislamiento temporal en la tierra americana y aislamiento espacial de la tierra ancestral de la propia cultura, de Europa.

En consecuencia, si bien, como se ha dicho, el aislamiento cultural no es reparable, sí lo es el sentimiento de soledad que el paisaje inspira. En un futuro no precisable, el paisaje, con las huellas de estos «primeros pobladores», mostrará un pasado humano.

También el segundo principio general está compuesto a partir del pasado. Los países, las repúblicas sudamericanas, nacieron del desmembramiento de la «Colonia», unidad solo nominal, en primer lugar por la ya señalada escisión de su población, y también por la asimetría entre su población y su territorio.¹¹ Para Martínez Estrada existe una relación «normal» entre el espacio que una población ocupa y su volumen, su economía — «producción» y «riqueza» — y su cultura. Cuando el espacio es mayor que el que la población puede ocupar, se produce la «superteritorialidad» que debilita y aún impide el establecimiento de la «interfunción», de la interacción social.¹²

La superteritorialidad se manifiesta por la existencia de «intersticios vacíos», espacios de escasa o escasísima densidad demográfica, donde la interacción entre las personas resulta imposible, y que, por rodear a los pueblos, aunque éstos tengan la población adecuada, les dificulta la interfunción con el resto, lo que, a su vez, afecta la propia de cada pueblo.¹³ Sólo el debilitamiento de la interfunción inter e intragrupal, o su inexistencia, que

⁸ «Frente a frente el aborígen y el español no se comprendieron, y desde el primer instante la conquista tomó senderos equivocados. Comenzó por juzgar al aborígen fuera de todas las leyes conocidas, porque lo desconocía, y le bastó ver que permanecía indiferente ante la cruz y que ocultaba metales y poderías a pesar de su desnudez, para acometerlo rabioso» (RP, II, I, «Un mundo sin experiencias», 52).

⁹ «...está el hijo del blanco y de la india, que tiene que optar y que tardará centenares de años en decidirse, dejándolo todo en suspenso hasta ese día» (RP, II, III, «Las fuerzas de la soledad», 93).

¹⁰ «Sobre este suelo sin pasado humano somos los primeros pobladores del mundo» (RP, II, II, «Los pobres», 86); «La soledad que se abre en el alma como una congoja infinita y que quita interés humano al espectáculo de la belleza panorámica, es la falta de historia» (RP, II, III, «El mundo y el hombre», 86).

¹¹ «Y lo mismo acontece con los hechos que llamamos históricos. Estos estados nacieron de un desmembramiento y quedaron con extensiones caprichosas, de ninguna manera relacionadas con su verdadera necesidad territorial» (RP, II, I, «Discontinuidad», 62); «Estas repúblicas de América Celtibérica, cualquiera que sea su tamaño, naufragaron en un territorio mucho mayor del que normalmente debieron ocupar por su estado de cultura, de riqueza, de producción y de población» (RP, II, I, «Desmembración», 64).

¹² «Hay superávit de planeta. Despoblación y desierto son correlativos de la superteritorialidad; y viceversa» (RP, II, I, «Desmembración», 64); «La interfunción, que jamás existió, no hubiera podido establecerse entre los miembros separados: serían trozos amputados en que se habría deshecho un vasto cuerpo que durante la Colonia tampoco tuvo unidad» (RP, II, I, «Discontinuidad», 62).

¹³ «Los intersticios vacíos son ignorancia y miseria, zoología y botánica» (RP, II, I, «Desmembración», 65); «En viaje de un pueblo al otro no hay nada en el medio» (RP, II, II, «Los pueblos», 70); «Ese pueblo está envuelto por el campo: en la lucha que ha

reduce todo al individuo, obliga al hombre a ahondar sus relaciones con la «estructura geográfica» —geología, botánica, zoología— al punto de hacerlas, en ocasiones, excluyentes.

La deficiente o nula interfunción, causada por la superterritorialidad, provoca el aislamiento social que, como el cultural, también se evidencia en el paisaje, cuya carencia de «sustancia humana» inspira en quienes están inmersos o rodeados por él, un sentimiento de «soledad», que no es sino una aguda conciencia, individual y colectiva, de ese aislamiento social, conciencia que, por otra parte, contribuye a reforzar el aislamiento.¹⁴ Allí donde la «contigüidad» que alcanzaron los pueblos a lo largo del tiempo, reemplazó los espacios vacíos por espacios llenos, ese sentimiento de soledad que el paisaje de la pampa transmite, resulta impensable.¹⁵

Ambos principios, ambas formas de aislamiento, el cultural y el social, que si bien se presentan como el resultado de un proceso histórico, no pretenden servir para indagar el pasado sino para sustentar una explicación de la sociedad pampeana contemporánea, permiten deducir ciertas conclusiones válidas para el país todo.

El principio de aislamiento cultural justifica la escisión de la población argentina en dos sectores irreconciliables y, además, la división del territorio en un «dominio del indio», «la montaña y las mesetas», y en un «dominio del blanco», «las llanuras», la pampa. Mediante esta vinculación de una cultura a una geografía, se crea un nuevo concepto, denominado «mundo», que permite exponer el país en términos diacrónicos y, a la vez, jerarquizados: existe un mundo «antiguo» y «primitivo», el del indio refugiado en las montañas y mesetas, y un mundo «nuevo» y «actual», el que el blanco conquistó en las llanuras.¹⁶ A su vez, el principio de aislamiento social, válido en teoría para ambos dominios, se considera en especial para el del blanco y de allí se concluye que el aislamiento de las llanuras es el responsable de la dificultad de cohesión del país.¹⁷ En consecuencia, la interacción de ambos principios convierte a la pampa húmeda, sus campos productivos y sus pueblos y ciudades, en el polo principal, amenazado pero predominante, de los dos que orientan las tensiones del sistema.

El dinamismo propio de una presentación bipartita, cuya intertextualidad se remonta, según se ha de ver, a los orígenes mismos de la reflexión sobre el país, y la reversibilidad implícita en las causas del aislamiento social, permiten inferir el futuro del sistema planteado. En el dominio del blanco, cierta cantidad de población, no precisable pero

entallado contra la soledad, el vencido es él; está sitiado por el campo, enquistado y reducido a un curioso caso de mimetismo» (RP, *ibidem*, 72).

¹⁴ «La soledad, para que sea normalmente compatible con la vida del hombre, tiene que estar llena de sustancia humana» (RP, II, «Los pueblos», 71).

¹⁵ «Sobre las tierras pobladas desde siglos, los pueblos están separados por labranzas, por bestias enyugadas o sueltas, por árboles, por espacios llenos, en fin [...]. Sin embargo, a poco de residir en esos pueblos viejos, se nota que el sentimiento predominante, tónico, es de reposo sobre un orden sobre un mutuo amparo [...]. Esta situación, nacida de la contigüidad, crece con el tiempo afectos» (RP, II, «Espacio», 69).

¹⁶ «Nuestro territorio es muy antiguo y muy nuevo: el Mundo Primitivo, de la Soledad, es el antiguo; el muy nuevo, de la grandeza y servidumbre, el actual. El mundo actual puede circunscribirse en la zona de las lluvias frecuentes o zona de ganados y cereales. Desde sus linderos declina lo que pertenece al blanco y a la conquista humana [...] entre la montaña y las mesetas, que son dominio del indio, y las llanuras, dominio del blanco» (RP, II, III, «La soledad antigua», 87).

¹⁷ «Es muy difícil obtener cohesión en un país en que la población se parece mucho a pájaros asentados después de desbandarse» (RP, II, «Los pueblos», 71).

necesariamente alcanzable, reparará el aislamiento social. En ese momento, «la tierra plana», la «pampa nueva», «la tierra de Europa», será como Europa y en la Argentina habrá predominado el mundo actual sobre el primitivo.¹⁸ El sistema bipartito se habrá convertido en un sistema jerarquizado de clara organización central. En este sentido, el pronóstico de esta obra escrita en el mundo del blanco, desde su perspectiva y para sus integrantes, resulta optimista, y la soledad, profunda y auténtica, que en ella se argumenta no es eterna ni la propia de las disoluciones finales, es la soledad de los orígenes.

El discurso aceptado: la ruptura

La exaltación de lo nuevo como forma de jerarquizar uno de los polos de un sistema bipartito, se encuentra ya en los orígenes del pensamiento social de Alberdi, del que hay otras claras reminiscencias en la exposición sobre el aislamiento y la soledad que se presenta en *Radiografía de la pampa*.

Con el objeto de destruir prejuicios respecto del extranjero, que obstaculizaban la concreción de una política favorable a la inmigración, Alberdi publicó, desde 1832, una serie de estudios¹⁹ sobre la composición de la sociedad americana, que culminaron en un capítulo de las *Bases*.²⁰ En esos trabajos se expone que el «hombre americano» se «divide» en el indígena —«salvaje», «bárbaro»— y el «hombre americano español» —«nosotros»—, que es un europeo tanto por su raza como por su civilización, ya que habla español, un idioma de Europa, y profesa la religión cristiana. Para este europeo, América es solo una tierra, donde reside su patria, que se define como la libertad, el orden, la riqueza y la civilización organizadas en el «suelo nativo». A su vez el hombre americano español se «subdivide» en el «hombre de tierra adentro o mediterráneo» y el «hombre del litoral». El primero es producto de la obra de la Europa española que, iniciada en el siglo XVI, perduró hasta la «revolución americana». Este hombre del «antiguo régimen», que se conserva intacto en los pueblos «interiores» del continente, se caracteriza por ser «hábil, astuto, disimulado y frío». Terminado el antiguo régimen, como consecuencia de la acción civilizadora, es decir del comercio, la inmigración y la industria, de la Europa anglosajona y francesa, surgió el hombre del litoral, «más generoso, más franco y más capaz de ser útil al progreso»²¹ de los países americanos, por ser producto de la Europa «de este tiempo». Con él y con la acción de esta Europa, comenzó la «patria».

Para Alberdi y Martínez Estrada, la sociedad americana es la civilización europea desarrollada fuera de su territorio ancestral: en consecuencia, el indígena no forma parte de ella.²² También ambos la dividen en un polo litoral y otro interior, cuyo retraso Alberdi atribuye a la influencia española y Martínez Estrada al indígena, quizás para incorporar al

¹⁸ «Lo demás, la tierra plana, la pampa litoral y central, es Argentina, la tierra de Europa, la tierra del blanco. Pero entre esa pampa fértil, nueva, y aquel mundo oscuro, antiguo, está el hijo del blanco y de la india» (RP, II, III, «Las fuerzas de la soledad», 93).

¹⁹ Jorge M. Mayer proporciona los asientos bibliográficos en Alberdi [1852], 1969, 153, n. 322.

²⁰ «Acción civilizadora de la Europa en las repúblicas de Sud-América». Lleva el número XII en la primera edición —Valparaíso, mayo de 1832— y el XIV en la tercera y definitiva —Buenos Aires, 1856— (*ibidem*, 239, n. 2).

²¹ Las caracterizaciones psicosociales de ambos hombres se emiten en la edición definitiva (*ibidem*, 244, n. 31).

²² «El indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil» (Alberdi [1852], 1969, c. XII, 240).

mestizo, ya que el «estancamiento» de la cultura del blanco en el dominio contemporáneo del indio siempre se explica como una pervivencia de lo español.²³ También hay coincidencia en presentar como arcaico al anterior y en vincular la novedad, la actualidad del litoral a una mayor presencia del mundo europeo. En lo específicamente referido a la superterritorialidad, un componente esencial del principio de aislamiento social, Alberdi ya había señalado la necesidad de que, en un estado, la población guarde relación con la superficie del territorio,²⁴ pero no vinculó esta idea a la imagen de desierto ni al sentimiento de soledad, que Martínez Estrada recogió de Esteban Echeverría.

El espacio literario del desierto alcanzó su primera organización en *La cautiva*, donde toma la forma de una inmensa e incommensurable llanura que comienza en un lugar impreciso del este y se extiende hasta el pie de los Andes. Al desierto, por voluntad divina, le corresponde la soledad:²⁵ el hombre no lo habita ni establece allí sus heredades; en consecuencia su «vista», como en el mar, no encuentra nada familiar donde detenerse, en ese paisaje compuesto de «cielo», dominio del ave, y de «campos», guardada sólo para el animal.²⁶ Sin embargo el poeta, ubicado en la omnisciencia, descubre la «tribu errante» que cruza el desierto, que asienta en él sus tolderías y a él lleva, desde el «rancho», que afuera queda en llamas, el botín de sus correrías: niños y mujeres cautivos y las cabezas de los hombres en las puntas de las lanzas. Pero esta tribu sólo perturba, no transforma, la soledad del desierto, porque está compuesta por «bárbaros», por «salvajes»,²⁷ por seres, en fin, distintos del hombre²⁸ cuyo ámbito específico termina en los límites del desierto.

La imagen bipartita de la sociedad americana, organizada en un sector arcaico, de origen colonial, y otro nuevo, surgido a partir de la revolución, que presentó Alberdi y aceptó durante mucho tiempo una extensa bibliografía, no convenía al caso especial de la sociedad pampeana, compuesta también, y de modo relevante, por inmigrantes ultramarinos instalados en tierras incorporadas al estado nacional por la acción militar de 1879, denominada «conquista del desierto». Martínez Estrada logró adecuarla mediante su integración con la prestigiosa imagen literaria de *La cautiva*.

En esa integración, las llanuras del litoral, opuestas a las montañas y mesetas del interior, resultan el escenario donde se pasa del desierto a la pampa, dos momentos cuya continuidad queda manifestada por la soledad. En el desierto la soledad del paisaje se origina en la ausencia del hombre, que el indio, debido a su «inhumanidad» no puede

reparar. En la pampa, que nace cuando el indio es desplazado hacia el interior,²⁹ hacia el mundo antiguo, la soledad perdura porque las distancias aíslan un pueblo del otro y, sobre todo, porque, para esos inmigrantes recientes, el paisaje no presenta evidencias de su cultura, que han quedado en otro continente.³⁰ En el desierto de Echeverría, la soledad, la ausencia de lo humano, se manifiesta cuando «no encuentra la vista», ni en los «campos» ni en el «cielo», «do fijar su fugaz vuelo». En la pampa de Martínez Estrada, la soledad provocada por el aislamiento se manifiesta cuando «el campo y el cielo no ofrecen reposo a la vista, ni al alma un punto en que descansar».³¹

En la llanura, la soledad del desierto perdura en la soledad de la pampa. De esta imagen, apoyada en el análisis de las percepciones que pueden estimular el sentimiento de soledad, Martínez Estrada pasa, con más efectismo que lógica, a una idea central de su obra: la llanura engendra la soledad;³² con ella incorpora la psicología del hombre de la pampa a un devenir de dimensiones geológicas³³ y, sobre todo, vincula su actitud determinista a la de Sarmiento,³⁴ cuyo *Facundo* le resultaba la obra más cercana dentro de la intertextualidad apuntada.

En el texto de Martínez Estrada, la continuidad que la llanura establece entre el desierto y la pampa impone la soledad que el blanco de origen europeo siente en presencia de un paisaje carente de elementos «afines» a su cultura, en tanto hasta entonces sólo ocupado por el indio. Este contacto directo entre ambas culturas, sin la mediación de la colonización española, no estaba previsto en la presentación de Alberdi, destinada a convertir la inmigración masiva en un firme proyecto del hombre del litoral, que, al reforzar las vinculaciones con sus orígenes europeos, «completaría» la cultura americana. Aunque su concepción del indio sirvió más tarde para argumentar en favor de la conquista militar de las llanuras que permanecían bajo su dominio, el texto de Alberdi respetó de manera estricta un punto de vista interior a la vieja frontera y no incluyó entre sus objetivos inmediatos el poblamiento europeo del desierto.

Pero la diferencia más relevante entre ambos textos corresponde a la importancia social asignada al indio, que para Alberdi «está vencido» en la sociedad americana y «no tiene dominio ni señorío»,³⁵ mientras que Martínez Estrada, ochenta años más tarde y transcurrido ya más de medio siglo desde la conquista del desierto, lo convierte, junto con la impronta colonial de la cultura española y, posiblemente, también con el mestizo, en miembro del oscuro mundo antiguo que compete, con el mundo del blanco, por el espacio social de la Argentina.

²³ «El alma de todas ellas es idéntica: España permanece dentro, como enseres que se abandonan en la mudanza. [...] Cualquier ciudad del interior, estancada a cincuenta, a cien, a doscientos años atrás, se parece a otra de igual edad» (RP, II, II, «Distancias», 104); «Todas estas ciudades [...] que no tienen un tinte cálido de cultura, poseen reductos infranqueables, relicarios con pedacitos de huesos de España» (ibidem, 106).

²⁴ «Un millón de hombres en un territorio cómodo para 50 millones: ¿es otra cosa que una miserable población?» (Alberdi [1852], 1969, c. XIII, 252).

²⁵ «Cualquier cielo y soledades/ de Dios solo conocidas/ que él solo puede sondar» (Echeverría [1837], 1940, I, v. 18-20; «¿Que inmensa turba/ con su alarido perturba/ las calladas soledades/ de Dios?» (ibidem, v. 121-124).

²⁶ «Circ en vano, reconcentra/ su inmensidad, y no encuentra/ la vista, en su vivo anhelo/ do fijar su fugaz vuelo/ como el pájaro en el mar./ Doquier campos y heredades/ del ave y bruto guardas/ doquier cielo y soledades» (Echeverría [1837], 1940, I, v. 11-18).

²⁷ «¡Oíd! Ya se acerca el lamento/ de salvajes» (Echeverría [1837], 1940, I, v. 131-132); «Así el bárbaro hace ultraje/ al indomable coque» (ibidem, v. 151-152).

²⁸ «¿Qué humana planta opallosa/ se atreve a bollar el desierto?» (Echeverría [1837], 1940, I, v. 126-127); «las cabezas que cortaron/ sus inhumanos cuchillos» (ibidem, v. 150-157).

²⁹ «Cuando el intruso ocupó las llanuras fértiles, el indio se aventuró a llegar hasta ellas luego de exiliado; pero una vez que fue repellido sin desquite, se refugió en la vasta zona neutral, en el seno de un mundo que no conoció la vida» (RP, II, III, «La soledad antigua», 88).

³⁰ «No es la distancia en el tiempo; es la afinidad del destino de los que aquí vivieron con el nuestro» (RP, II, III, «El mundo y el hombre», 86).

³¹ RP, II, II, «Espacios», 69-70.

³² «La pampa es un lugar de dispersión. Contra toda voluntad, la soledad es más fuerte que el trabajo por ser un estado constante y estable» (RP, II, II, «Hostilidades de la soledad», 79) y *passim*.

³³ RP, II, III, «La soledad antigua», 87-88.

³⁴ «Hay que notar, de paso, un hecho que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a esos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan a encontrarse los mismos medios de parir a ellos, inventados por pueblos distintos.» (Sarmiento [1845], 1953, c. II, 62).

³⁵ «el salvaje está vencido, en América no tiene dominio ni señorío. Nosotros, europeos de raza y de civilización, somos los dueños de América» (Alberdi [1852], 1969, XII, 246).

Esta voluntad de destacar las tensiones entre la cultura de origen europeo y la indígena, presentadas como irreconciliables, se enrola en la defensa de la primera, cuyo aislamiento y soledad subraya, acepta sin reparos la expansión de la frontera hasta entonces cumplida como una etapa de un conflicto mayor y perdurable, y ubica su punto de vista en las tierras que antes formaban parte del desierto, con el objeto de intervenir en el debate ideológico, iniciado por los intelectuales argentinos en medio de las entusiastas celebraciones del centenario de la emancipación, referido a la definición de la Argentina y, en consecuencia, de su proyecto. Este debate, que suele adoptar de manera implícita el determinismo utilizado por Sarmiento y grato a Martínez Estrada, se centra en el grado de articulación que se produce en la «tierra», entre el indio, el español y la reciente inmigración masiva, y constituye un marco de interpretación insoslayable tanto para la razón de ser de *Radiografía de la pampa*, un libro que, como su modelo, *Facundo*, armoniza ideas precedentes no con intención ecléctica sino polémica, cuanto para iluminar, a partir de la posición adoptada por su autor, rasgos profundos de la percepción de su ser en el mundo.

El discurso resistido: la continuidad

En 1909, Ricardo Rojas, de regreso de un viaje destinado a estudiar la enseñanza de la historia en Europa, publicó *La restauración nacionalista*, escrito como un informe sobre su visita para ser elevado al Ministerio de Instrucción Pública, en el que expone sus reflexiones sobre la nacionalidad y la conciencia nacional, que profundizó luego en *Blasón de plata*, aparecido en 1912, y sintetizó en *Eurindia*, de 1924, libro que muestra muy moderado el determinismo de esas primeras exposiciones.

Para Rojas, los pueblos se cohesionan en naciones cuando conforman una «conciencia nacional», que no es sino una «conciencia colectiva» surgida de la «asociación» de conciencias individuales que tienen en común la experiencia del territorio donde nacieron, «cenestesia colectiva», y el recuerdo de un pasado que en ellos perdura, «memoria colectiva».³⁶

En su planteo, la conciencia del territorio resulta casi inevitable, debido a un «influxo», a una «fuerza territorial» emanada de la «impregnación espiritual» del suelo, que provoca, ante los paisajes natales, una emoción tan inevitable que permite hablar de un «instinto territorial», de un «instinto de la patria», que une a los hombres nacidos en ella al contribuir, de manera sobresaliente, a conformar su conciencia colectiva.³⁷

También reconoce «fuerzas progenitoras», originadas en la «impregnación espiritual de la historia», que, por unir a los hombres que se sienten copartícipes y continuadores de un

³⁶ «Así, la conciencia de nacionalidad en los individuos debe formarse: por la conciencia de su territorio y la solidaridad cívica, que son la cenestesia colectiva, y por la conciencia de una tradición continua y de una lengua común, que la perpetúa, lo cual es la memoria colectiva» (Rojas [1909], 1922², I, 61); «el yo colectivo organiza su conciencia histórica por asociación de conciencias individuales» (Rojas [1924], 1951², XXXI, 98).

³⁷ «La conciencia del país, esa fuerza territorial de nuestras Indias, que he bautizado con el nombre de indianismo» (Rojas [1912], 1922², «Prólogo», 13); «en la conciencia de un pueblo ha de considerarse también la impregnación espiritual del suelo y de la historia» (ibidem, XVIII, 161); «Reposa la psicología del pueblo argentino ante todo en su poderoso instinto territorial. Este es un elemento común a todos los pueblos, y en algo así como el nexo que une el suelo con la verdadera constitución del pueblo que lo habita» (ibidem, XXIII, 207).

pasado común, también contribuyen a formar la conciencia colectiva.³⁸ En el caso de la Argentina, el momento inicial de ese pasado compartido es la sociedad colonial, durante la cual la convivencia de la «raza conquistadora» y de la «raza conquistada» promovió influencias recíprocas: el indio se «hispanizó» y el español se «indianizó». Así lo testimonian, en lo político, la coexistencia de la ley hispánica con el caudillismo y la montonera, de raíz aborigen; en lo religioso, la perduración de los mitos y leyendas de nuestro folclore junto al cristianismo; en lo lingüístico, la incorporación al castellano de idiotismos y americanismos, y en la moda, la coexistencia de la vestimenta europea con el poncho y el chiripá del gaucho, de origen indígena.³⁹ La perduración de estos elementos de la tradición y la cultura evidencia en el presente el origen hispano-indígena.

Pero las fuerzas territoriales superan a las progenitoras en su capacidad de impregnación de la historia argentina. Su universalidad permitió que el indio tuviese, respecto de las Indias, su tierra de nacimiento, un «instinto ciego» de patria, un «patriotismo elemental», que dio lugar, si no a una conciencia nacional, a una conciencia del país⁴⁰ de la que, por cierto, careció el conquistador, pero no su hijo, el criollo, ya fuese de raza blanca o mestiza.⁴¹ A esta conciencia llama Rojas el «indianismo», lo «raizal», y hace residir en ella el «origen y continuidad de nuestra historia», cuyos momentos fundamentales se presentan como luchas entre los representantes de ese indianismo y los del «exotismo», lo «importado». En el primer enfrentamiento, el indio luchó para defender su «tierra» del conquistador; más tarde, combatieron por la «libertad», el criollo y el exotismo del realista; durante el momento de la constitución, el federal, representante del indianismo, predominó sobre el unitario y, a comienzos del siglo XX, la «autonomía espiritual», amenazada por el «cosmopolitismo» exótico, por la inmigración masiva, debe ser defendida mediante un «nacionalismo» restaurado.⁴²

Para Rojas, la presencia masiva de inmigrantes europeos, en quienes el suelo que sustenta a la nación no despierta ningún «instinto de patria» y a quienes resultan extrañas las «fuerzas progenitoras» que se manifiestan en la tradición y en la cultura, al perjudicar la conciencia nacional, ha provocado «la crisis moral de la sociedad argentina».⁴³ Pero esta migración, por ser «individual y pacífica, a diferencia de «la que España realizó en América», que fue «colectiva y armada», es susceptible de «direcciones intelectuales», que hasta el presente no se han producido.⁴⁴ Dichas direcciones no deben actuar sobre el inmigrante que, porque llegó para obtener riquezas, regresa pronto a su tierra, bien pagado por su trabajo, o muere en ésta, redimido, sino sobre su hijo que, aunque permeable, como

³⁸ «La nueva posición que ahora buscamos ha de consistir en el equilibrio de todas las fuerzas progenitoras, dentro de la emoción territorial» (Rojas [1912], 1922², XVIII, 156).

³⁹ «El habitante local, por lo mismo que se somete, "indianiza" al invasor. La conquista hispanizó a su turno la sobreestructura intelectual de las sociedades coloniales que ella creara en el Plata» (Rojas [1912], 1922², XIV, 131); «Una larga convivencia de tres siglos entre la raza conquistada y la conquistadora ha debido influir sobre ambas forzosamente» (ibidem, XVIII, 160).

⁴⁰ «Su recuerdo ha de ser venerado, porque su patriotismo, aunque elemental, fincaba en el amor a la tierra indiana» (Rojas [1912], 1922², XVII, 147); «Barbaros, para mí, son los "extranjeros" del latino; y no pueden serlo quienes ahaban con el instinto de la patria» (ibidem, XIX, 174).

⁴¹ «...mientras la vida hurbale a sus espaldas [a la clase española] el hijo criollo, engrosando con él nuestro elemento nativo.» (Rojas [1912], 1922², XIV, 129).

⁴² Rojas [1912], 1922², XIX, 174.

⁴³ Rojas [1909], 1922², II, 198.

⁴⁴ Rojas [1912], 1922², XXIX, 252-253.

los primeros criollos, a las «fuerzas territoriales», resulta extraño a las «fuerzas progenitoras». La reparación de esta falencia corresponde a la historia y a las «humanidades modernas», que deben ser enseñadas por una educación oficial «sana», que requiere además, una enseñanza privada de libertad restringida o absolutamente prohibida, en el caso de las escuelas de colectividad.⁴⁵

Por la «fatalidad» de su origen, la nación quedó condenada a necesitar de la inmigración para labrar su «riqueza»,⁴⁶ pero un excesivo y generalizado interés por un «progreso» entendido sólo como «desarrollo material», antepuso lo venal a la comunidad nacional, y equiparó un «gran pueblo» a una población numerosa en la propuesta del «cosmopolitismo»;⁴⁷ el «evangelio» de tan «peligrosa doctrina» fueron las *Bases* de Alberdi, cuya responsabilidad, según Rojas, es menor que la de sus seguidores, quienes desgajaron sus afirmaciones del texto originario y del «sistema de ideas» que lo limitaba.⁴⁸

Las prevenciones respecto de las consecuencias de la inmigración masiva no comenzaron, por cierto, con Rojas: ya en 1885, Alberto Martínez había señalado que los habitantes argentinos de la ciudad de Buenos Aires, por presentar índices de natalidad, nupcialidad y mortalidad infantil peores que los correspondientes a los extranjeros, corrían peligro de ser absorbidos por éstos.⁴⁹

También la vinculación entre inmigración y educación pública pertenece al conjunto de ideas del centenario. Juan A. Alsina había exaltado, en 1898, la legislación y las medidas de gobierno que habían permitido a la Argentina incorporar la fuerza laboral de la masa inmigrante, un conjunto de obreros de la «civilización» capaces de neutralizar la barbarie que la despoblación, la ignorancia y la guerra civil implicaban. Pero su optimismo se rectificó en 1910, cuando denunció que la perduración de los vínculos entre el inmigrante y su patria nativa solo podían ser rotos mediante un sistema educativo nacional destinado a transformar al reciente habitante extranjero en miembro de la comunidad nacional.⁵⁰

La mayor originalidad del pensamiento de Rojas consiste en transformar el indio de Alberdi, irrelevante para América, en el núcleo originario de una conciencia nacional capaz de resistir las fuerzas disolventes de la inmigración masiva. Imponer esa imagen del indígena implicó conciliarla con la predominante en la política y la opinión pública del momento. Para ello estableció diferencias entre los «pueblos», originadas en su «grado de civilización», máximo en el «indio colonial», el sometido al imperio incaico, y mínimo en el indio contemporáneo. La civilización del primero se manifiesta en su «sentido de patria», que lo llevó a defender «nuestro suelo», y en su «sentido de fraternidad», que lo impulsó a «acoger al extranjero»; las expresiones elegidas permiten a Rojas adscribirlo al punto de vista desde el que está escribiendo: el indio colonial defendió del conquistador, que terminó

⁴⁵ Rojas [1909], 1922², III, 343.

⁴⁶ *Ibidem*, I, 194.

⁴⁷ *Ibidem*, I, 123.

⁴⁸ *Ibidem*, I, 122-123: «Lo que Alberdi esperaba del cosmopolitismo, y especialmente de la inmigración anglosajona, eran industrias y prácticas de libertad democrática. Es sabido cuánto se equivocó, pues con el cosmopolitismo y las industrias nos vino la venalidad electoral, que ha hecho perder a la política criolla su belleza romántica» (*Ibidem*, 122, n. 1.); «Fue sobre todo error de sus escritos, error de los que deformaron el pensamiento del maestro» (*Ibidem*, 123).

⁴⁹ Martínez 1885, 60-62; el trabajo fue escrito para promover la realización de un censo de la ciudad de Buenos Aires, que se realizó entre agosto y septiembre de 1887, por una comisión de la que Martínez fue vocal.

⁵⁰ Alsina 1898, 6-8; *idem* 1910, 7-15.

acogiéndolo, el suelo de su patria, el mismo que los argentinos contemporáneos deben defender del inmigrante que han acogido. Por su parte, el indio actual por ser nómada carece de sentido de la patria, y por carecer de sentido de fraternidad, es «reacio» a los argentinos. Su rebeldía, opuesta al sometimiento del indio colonial, se ampara en el «desierto chaqueño» y en el patagónico,⁵¹ con lo que perdura el desierto, esa tierra propia, habitada por bárbaros, que alcanzó forma literaria con Echeverría, quien, según Rojas, aportó a la cultura argentina el «sentimiento de la nacionalidad». Se compatibiliza así la continuidad entre el indígena colonial y la nación argentina, y la ruptura, en el territorio nacional, del suelo con el desierto.

Hay quienes se niegan a reconocer en la sociedad colonial, resultante de la asimilación del español y el indígena, el origen de la «vieja patria». Son los que profesan el «antihispanismo» y el «antiindianismo». Rojas los denuncia y también los identifica: se encuentran entre ellos los inmigrantes y también nativos de información histórica deficiente o deformada por pasiones políticas, o de conciencia nacional inmadura, o de estolidez vestida de materialismo y liberalismo académicos.⁵² Frente a ellos, quienes sostienen «ideas nacionalistas», empiezan a sentirse «extranjeros en su propia patria». Menos de diez años más tarde, Martínez Estrada usa la misma expresión para describir el estado de ánimo de quien, desde Buenos Aires, se interna en las ciudades del interior, producto y testimonio del pasado colonial.⁵⁴

Ideología y literatura

El juicio sobre las culturas indígenas es uno de los indicadores de que el pensamiento de Martínez Estrada está más próximo al liberalismo de Alberdi que al nacionalismo de Rojas; su manera de presentar la articulación de las fuerzas intervinientes en el devenir argentino es, sin embargo, por completo diferente. En primer lugar, porque tanto Alberdi como Rojas escribieron desde una perspectiva exterior al desierto y a la pampa. Además, el primero presentó, desde el litoral, la Revolución de Mayo y la inmigración anglosajona que proyectaba incrementar, como una tonificante ruptura con el pasado, mientras que el segundo reclamó, desde el interior, la continuidad del presente con el mundo hispano-indígena de la sociedad colonial y la necesaria integración a esa continuidad de la inmigración resultante del proyecto de Alberdi. Martínez Estrada, por su parte, aceptando la ruptura expuesta por Alberdi, a diferencia de ambos indagó, desde una perspectiva interior a la pampa, la psicología social e individual de su nuevo habitante y subrayó su aislamiento tanto de la cultura aborigen como de la europea originaria, con lo cual, al igual que Rojas, inscribió su análisis, según se ha de exponer, en el vasto y conflictivo espacio de la reciente inmigración masiva.

⁵¹ Rojas [1912], 1922³, XVIII, 156-159; «el primero [de los errores] fue considerar al indio civilizador de la conquista igual en salvaje y rebeldía a su sobreviviente refugiado en el Charco» (*ibidem*, 156-157); «Los pueblos que aceptaron pacíficamente ese régimen [...] no pueden ser comparados con el toba hambriento y feroz que asalta obreros en el desierto chaqueño» (*ibidem*, 157); «los que hemos alcanzado en la selva chaqueña o en el desierto patagónico, resabio nómada y confuso de las razas rebeldes» (*ibidem*, 159).

⁵² Rojas [1924], 1951³, VI, 28.

⁵³ Rojas [1912], 1922³, XVIII, 156 y XXVIII, 246.

⁵⁴ *RP*, II, III, «El mundo y el hombre», 86-87.

Esta toma de posición de Martínez Estrada es el resultado inmediato de un período de su vida importante para la conformación de su ideología, que se ubica entre 1927, fecha de la publicación de su poemario *Argentina*, y mediados de 1932, cuando publicó el capítulo «pueblos» que luego integró la segunda parte, «Soledad», de *Radiografía de la pampa*.⁵⁵ Entonces pasó de una expresión predominantemente poética a una dedicación exclusiva a la prosa, de una presentación del inmigrante emocional, externo y de conjunto, a una reflexión sociológica interna y referida en particular al europeo de la pampa.

Sebreli destacó la importancia de este período y lo explicó como el dramático pasaje del optimismo al pesimismo, de la armonía al caos, debido a la crisis de la «clase» intelectual.⁵⁶ La progresiva disminución de la demanda externa de productos agropecuarios produjo la decadencia de la oligarquía terrateniente y de su proyecto liberal, y lesionó la clase media intelectual que, aunque opuesta al régimen en lo ideológico, no pudo conformar un movimiento eficaz de oposición debido a su dependencia del estado oligárquico, y se refugió en el «pesimismo» y la «irracionalidad». Estos cambios socioeconómicos también explican, para Sebreli, que Martínez Estrada abandonase la poesía.

Stabb coincidió en resaltar la importancia del momento inmediatamente anterior a *Radiografía de la pampa*, pero privilegió la continuidad frente a la ruptura y lo personal frente a lo social.⁵⁷ Según él, Martínez Estrada entendía al hombre como un ser que lucha y a quien, de manera paradójica, el éxito en la lucha aparta de su verdadera esencia. Al proyectar esa visión sobre su producción poética sospechó de los premios recibidos, lo que, sumado a la conciencia de su propia debilidad como poeta y al resentimiento con una crítica que sólo tarde y con reservas había reconocido los valores de su obra, lo estimuló a buscar otros rumbos de expresión.

Junto a estas explicaciones corresponde considerar también que este período de la vida de Martínez Estrada queda inscrito en el marco de las tensiones ideológicas emanadas del reciente crecimiento y recomposición de la población de la pampa húmeda, debido a la inmigración masiva. Cuando Rojas integraba este tema al discurso sobre los orígenes de la nacionalidad, en Buenos Aires se asumía la inmigración como un hecho cuyas consecuencias, que se mostraban de día en día más trascendentes, obligaban a redefinir el todo social en función de la parte de reciente incorporación, lo cual se producía en diferentes lenguajes y desde perspectivas también diversas.

La poesía del centenario, cuyo paradigma, los *Cantos seculares*, de Leopoldo Lugones, influyó en no pocos poemas de *Argentina*, había subrayado las ventajas universales de la nueva alianza entre el trabajo del inmigrante y las tierras de la pampa argentina.⁵⁸ A su vez el *cocoliche*, tipo dramático del circo y luego del sainete, prometía que el extranjero, resistido y hostigado, y los sectores que se sentían directamente competidos, se articularían en el hijo nacido en la nueva tierra.⁵⁹ Estas expresiones, que a diferencia de Rojas no vinculaban el tema de la inmigración al discurso sobre los orígenes, observaban al

⁵⁵ «Soledad, Pueblos» en: *Trapalanda*, Buenos Aires, 1932, 17-25.

⁵⁶ Sebreli [1960], 1986, I, 28-31.

⁵⁷ Stabb [1966], 1968, 226-229.

⁵⁸ «Sobre el color indiano de las eras/ florece un juvenil rubio de Europa» (Lugones [1910], 1952, 434); «[La hija del gringo] ella también labró la dura tierra/ cuando recién venidos era toda la familia un ganado de labranza» (*ibidem*, 436).

⁵⁹ Corn-Walker 1987, 37-39.

inmigrante desde un grupo externo y a menudo enfrentado. Pero esto no fue así en las letras de tango, compuestas por hijos de inmigrantes, que presentaron el barrio de los suburbios como el único recinto seguro para la inmigración, mientras los límites de esa geografía urbana segregada no fuesen transgredidos,⁶⁰ ni fue así en el discurso de *Radiografía de la pampa* que indaga el problema humano consiguiente a la inmigración.

Finalmente, tampoco la literatura y su preceptiva escaparon a estas tensiones ideológicas: en este espacio compitieron quienes proponían la defensa de lo nacional mediante la aceptación de un programa único e insoslayable destinado a exaltar la consecuencia y continuidad con el pasado, y quienes defendían la libertad de elegir el camino personal de creación y explorar lo nuevo. Estos enfrentamientos excedieron lo literario, ya que estaban también en juego objetivos materiales —premios, recompensas y hasta cargos— y el objetivo político de hacer aceptar a la opinión pública un modelo de país presente y futuro.

Por su edad, por su todavía escaso prestigio y por su condición de hijo de inmigrantes que no se siente representado por quienes se atribuyen la herencia de los verdaderos orígenes, Martínez Estrada fue, durante el momento mencionado, menos un protagonista que un receptor de estas tensiones.

A fines de 1927, con motivo de la publicación de *Argentina*, el cuarto libro de poemas de Martínez Estrada, Rojas publicó una «Carta» a él dirigida, cuyo texto es de consideración imprescindible para evaluar el clima intelectual en que se producen los cambios que llevan a escribir *Radiografía de la pampa*.⁶¹

El tono general adoptado, aunque no abandona las formalidades de la cortesía, resulta menos propio del juicio crítico que del normativo, con lo que Rojas manifiesta su conciencia de la asimetría entre remitente y destinatario. En efecto, nacido en Tucumán y educado en Santiago del Estero, provincia de la que su padre, Absalón Rojas, había sido gobernador, era, a los cuarenta y cinco años de edad y desde hacía catorce, profesor titular de literatura argentina, cátedra especialmente creada para él, y también director del correspondiente instituto de investigaciones, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que en 1921 le había otorgado el doctorado Honoris Causa y de la cual era rector. Acababa de publicar la segunda edición de su *Historia de la literatura argentina* y una edición completa de sus poesías, el primer tomo de sus *Obras*, donde reeditaba, con agregados, sus tres poemarios anteriores. Martínez Estrada, por su parte, nacido en San José de la Esquina, un pueblo de la pampa húmeda santafesina, fundado en 1885, donde su padre, Ezequiel Martínez, un inmigrante navarro, tenía almacén de ramos generales, había cumplido treinta y dos años, hacía doce que estaba empleado en el Correo Central, tres que enseñaba literatura en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata, y diez que publicaba poesía: su segundo libro, *Nefelibal*, había recibido el tercer premio nacional de 1922.

El objetivo principal que persigue la sobresaliente retórica de Rojas es manifestar que, como la novela *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, publicada en 1926, la «lírica» de *Argentina* constituye «una expresión audaz de la estética que él había teorizado en *Eurindia*, tres años antes. Pero la lectura de su argumentación, que analiza, según le era

⁶⁰ Guérin, Oliver 1985.

⁶¹ Rojas [1927], 1968, 211-213.

habitual, «tema», «expresión» y «sentimiento» de los poemas, evidencia que lo único que rescata totalmente es el tema y sólo porque, al inspirarse «en las habituales cosas de nuestro país, sus campos, sus ciudades, sus ideales», retoma «temas criollos», «nacionales», algunos de ellos «ya tratados por Hernández, Andrade u Obligado». Con referencia a la expresión, en cambio, si bien alaba el respeto de la rima «a la antigua» y de «las leyes musicales del verso», acepta con resistencia sus «procedimientos expresivos» —tropos y ritmos «novísimos, estructura elíptica— tan complejos como los de sus libros anteriores. En el sentimiento, finalmente, aunque reconoce que en ocasiones alcanza un «noble civismo» o «una sana simplicidad», advierte que «alternan diabólicamente o se refunden mágicamente» todas las vertientes de la sensibilidad literaria, mezcladas «como en los filtros de hechicería». Su síntesis es que Martínez Estrada es un poeta moderno, «modernísimo», que, aunque con manifiesta influencia de Rubén Darío, alcanza un arte personal y libre que acoge lo oriental, lo europeo y lo universal.

Los juicios de esta «carta» se convierten en severa reprobación a la luz de lo expuesto sobre el modernismo en *Eurindia*, donde Rojas lo caracteriza por oponer a «la tiranía democrática» del ambiente «la libertad aristocrática» de la originalidad «rebuscada» en los asuntos y en la técnica. Debido a esto, según él, se multiplicaron, en Europa, las «capillas» —simbolismo, parnasianismo, versolibrismo— al punto de producir una «confusión habélica». En América, la escuela tuvo por jefe a Rubén Darío, «una gloria», cuya obra fue, sin embargo, por su mimetismo de Europa, estéril en su «conciencia cívica». En la Argentina, finalmente, a pesar de las protestas de los «defensores del casticismo», como Calixto Oyuela, o «del criollismo», como Rafael Obligado, los poetas «de la generación del 95» siguieron a Darío, porque encontraron un terreno propicio en ciertas características del país, entre ellas «la vanidad individualista» y «la inmigración cosmopolita». La intolerancia de esta apreciación sobre el modernismo, destinada a convertir la literatura argentina en un instrumento para resistir la agresión a la «conciencia nacional», que la inmigración masiva implicaba, cobra dramatismo cuando se considera que el propio Rojas quedaba involucrado en ella, ya que su primer libro, *La victoria del hombre*, de 1903, fue saludado por Emilio Becher como testimonio de la «definitiva fijación en las almas» de la estética enunciada hacía diez años por «el verbo armonioso» de Darío y ridiculizada por «el grosero espíritu criollo». El cambio producido por Rojas comenzó por lo ideológico, con *La restauración nacionalista*, tomó forma literaria en «La musa indiana», un soneto de 1914, y se formuló como teoría y valoración general del arte en *Eurindia*, escrito entre 1922 y 1924. La conciencia de las contradicciones que en su obra provocaba su evolución ideológica hizo que, en 1923, al compilar su poesía, al tiempo que incluía el juicio de Becher, reconocimiento importante del valor de su producción, agregase, en un prólogo titulado «Confesión del poeta», un reparo a la observación, hecha «alguna vez», sobre la ausencia en su poesía del «tema argentino» de sus prosas.⁶⁴

En la «Carta», Rojas, movido por el deseo de encontrar y destacar obras que puedan ser consideradas como realizaciones de la reciente exposición de su teoría literaria, no se limita

⁶² Rojas [1924], 1951², VIII, 34-36.

⁶³ Becher [1903], 1923, 331.

⁶⁴ Rojas 1923, B-9.

a transigir con una forma y un sentimiento que, por evidenciar la mimesis de Europa, alentada por el cosmopolitismo, no le resultaban adecuados. También acepta guardar silencio ante explícitas manifestaciones poéticas de ese cosmopolitismo incluidas en la primera parte de *Argentina*, respecto de la cual, al tiempo que alaba sin reparos los poemas descriptivos de la segunda, solo rescata su «noble civismo».

En efecto, en «Himno», poema final de la primera parte, Martínez Estrada compara la nación con una nave, y la ve avanzar, más deseosa de andar que de llegar, hacia un destino impreciso pero necesariamente elevado, en armonía con las fuerzas provenientes del más remoto pasado y en alianza indisoluble con muchas otras naciones.⁶⁵ Antes, en los poemas IX y X, a los inmigrantes, a esos «hombres de distintas creencias y proyectos», que solo tienen en común su vigor y la «sed de trabajo» que los trae, por distintos caminos, al «país del oro y del amor»,⁶⁶ como a la nación, también se los caracteriza por su «espíritu de viajero»⁶⁷ y también se les asegura un elevado destino, tanto en lo social como en lo individual. En efecto, sea cual fuere el amado «pabellón» de origen, la historia de su patria o del aborigen de su tierra,⁶⁸ el extranjero puede incorporarse «activo» a la nación con tal que manifieste claros deseos de expandirse, de superarse y superar «el punto de nivel del conjunto», que se considera «asfixiante». En lo individual, nada importa la capacitación laboral ni la «fisonomía» ni la psicología ni la historia personal, ya que todos, aun los de «pésima vida»,⁶⁹ entran «por fin en la vida de gentes modestas y honestas», se «amansan» cuando «alzan su hogar en las llanuras», cuando «se apartan de las muchedumbres». Entonces todos son «hermanos, hermanos, hermanos».⁷¹

En lo biográfico, estos poemas permiten inferir un proyecto personal de vida — apartarse de la muchedumbre y levantar el hogar en la llanura — que, con el tiempo, se hizo realidad. En lo ideológico manifiesta una completa oposición al nacionalismo de Rojas, quien, satisfecho con el presente y alertado respecto del futuro, construye una argumentación destinada a reclamar la continuidad con el pasado nacional y a destacar el poder de cohesión de las «fuerzas progenitoras». Martínez Estrada, por su parte, insatisfecho con el presente,

⁶⁵ «Tu nave reluciente de victoriosa proa/ va hacia el sol subyacente, avanza hacia la aurora» («Himno», v. 1-2 en Martínez Estrada [1924], 1947², 160); «Un viento que se arrastra desde la eternidad/ da en las tendidas velas llenas de claridad» (*ibidem*, v. 16-17); «El objeto es andar, más que la travesía [...] Ir más allá del sol y el azul todavía» (*ibidem*, v. 21 y 25); «Para admirar tu nave triunfal, a las riberas/ concurren muchedumbres lejanas y extranjeras/ que se almanan en un vórtice delirante y sonoro/ cuando asoma a lo lejos el velamen de oro/ que corona un tumulto de cielos y banderas» (*ibidem*, v. 26-30).

⁶⁶ «Venís relosando vigor/ por distintos caminos al/ país del oro y del amor/ hombres de distintas creencias y proyectos, a quienes trajo/ una misma sed de trabajo» («Argentina», X, v. 3-8, en Martínez Estrada [1924], 1947², 157-158).

⁶⁷ «Espíritus emprendedores, [...] hombres de espíritu viajero/ hombres transhumantes, de paso/ hacia cualquier parte, al acaso/ [...] en eterno tránsito por/ los caminos y por la vida/ sin un designio conductor ni una ruta preconcebida/ transientes de tierra y mar» («Argentina», X, v. 47, 52-54 y 59-63).

⁶⁸ «No me importa y no sé cuál es el pabellón/ que ama tu corazón/ cualquiera es bueno, el importante es solo/ saber que ondula libre» («Argentina», IX, v. 7-12, en Martínez Estrada [1924], 1947², 155); «Ignoro, pues, los nombres/ de tus héroes, la historia/ de tu patria, su gloria/ mayor, sus grandes hombres/ quienes han sido los/ autóctonos; si es/ que se pobló después/ o puso el germen Dios» (*ibidem*, v. 15-22, 156).

⁶⁹ «Pero si eres amante/ de lo que rompe el punto/ de nivel del conjunto/ natural y asfixiante [...] si te da gozo el salto/ que el salto anterior vaya/ superando, y que vayas/ por fin en lo más alto; [...] incorpórate activo/ todo ojo y oreja» («Argentina», IX, v. 43-46, en Martínez Estrada [1924], 1947², 51-54 y 59-60, 156-157).

⁷⁰ «Y aquellos muchos que no tienen/ profesión ni especialidad/ [...] hombres de distintos semblantes/ de variadas fisonomías/ (psicologías alarmantes/ e inexpressables biografías); [...] todos los de pésima vida/ parias de suertes funestas/ que van por la senda torcida» («Argentina», X, v. 13-14, 23-26 y 33-35, en Martínez Estrada [1924], 1947², 158).

⁷¹ «Argentina», X, v. 36-37, 41-42 y 79, *ibidem*, 158-159.

confía en un futuro en que la capacidad de transformación de los inmigrantes renueve el asfixiante orden social.

Aunque Martínez Estrada ya la presenta asociada a la inmigración, el sujeto principal de estos poemas es todavía la nación, un todo que, con clara intencionalidad, se nombra mediante aquella parte, la llanura, destinada a convertirse en el «hogar nuevo» del inmigrante; en consecuencia no se piensa aún en el aislamiento cultural ni el social, causantes del sentimiento de soledad, y el único factor de cohesión que se menciona, la tierra de la llanura, no es sino un paisaje connotado por la intertextualidad literaria.

La magnitud y trascendencia de estas diferencias ideológicas respecto de la inmigración se puso de manifiesto en los años posteriores a la «Carta», que Rojas termina recomendando a su destinatario que no abandone el camino de poner su arte «al servicio de temas nacionales» y que recurra a la «cantera casi virgen del ambiente y la tradición indígena».

A pesar de estas recomendaciones y del éxito de *Argentina*, que pocos meses después obtuvo el primer Premio Municipal de Poesía, Martínez Estrada publicó, en 1929, *Túteres de pies ligeros*, una obra teatral en verso y con los personajes de la comedia del arte, en cuyo «Epílogo» el autor confiesa que lo más difícil «fue conseguir lo estrafalario» y, para que no queden dudas respecto de sus intenciones, pide al lector que no la considere «compuesta en clave» ya que «la escribió así porque le dio la gana».⁷² De inmediato Leopoldo Lugones publicó, en el mismo diario de gran circulación en que había aparecido la «Carta» de Rojas, una crítica que elogia con entusiasmo la obra y reconoce las condiciones poéticas de su autor, a quien Lugones, que apoya sus juicios en una exposición de su propia teoría sobre la poesía, presenta como una realización acabada de la misma.⁷³

Para Lugones la finalidad del arte es poner «en estado de belleza», el cual constituye «un gran bien para el alma» y proporciona una «honda complacencia de la vida». El modo específico de la poesía para alcanzar ese estado es «la expresión de emociones por medio de un lenguaje musical», y, a su vez, el lenguaje, rítmico por naturaleza, deviene musical cuando se ajusta a un «canto» determinado, que puede ser el verso regular, antiguo o moderno, o el verso libre. El primero es un miembro musical autónomo, definido por un número fijo de sílabas, la cesura y la rima, que se combina con otros en estrofas también fijas. El verso libre, por el contrario, sólo está condicionado por un número máximo de sílabas, nunca mayor de quince, y por la rima; el resto es libre y el poeta, al combinar los ritmos según su sensibilidad, conforma con él, si no lo usa como un subterfugio para eludir las dificultades de la métrica regular, un verso que le es propio, un verso «personal». De allí que, en lo que se refiere al devenir del lenguaje poético, constituya la consumación de su «evolución liberadora» y el momento de plenitud del «verso moderno»; mientras que, para el poeta, implica mayor responsabilidad y mayor riesgo.

Pero en poesía, el plano expresivo, la musicalidad del lenguaje, es condición absolutamente necesaria pero no suficiente; se requiere además la «novedad» de la expresión, que es el momento inicial del «interés», es decir «la primera indispensable condición de la vitalidad estética» y el único antídoto eficaz para la «indiferencia» que es la «muerte de la belleza». Martínez Estrada alcanza esta novedad mediante un verso «personal» y una rima

⁷² Martínez Estrada [1929a], 1947², 269.

⁷³ Lugones [1929], 1968, 214-219.

«caudalosa», el valor musical por excelencia del verso libre. Pero esto no es todo. También le reconoce Lugones el «hallazgo original» de haber presentado los «eternos personajes de la antigua comedia», destinados a expresar las «viejas cosas de amor, de dolor y de filosofía», no como remedos de personas humanas sino como seres con conciencia de su entidad de muñecos. La exposición de esta «profunda complicación psicológica» asegura al tema de la obra la «originalidad» que provoca el consecuente interés.

Tres años después de esta crítica, en noviembre de 1932, cuando, según se ha visto, Martínez Estrada ya había publicado algunos fragmentos que forman parte de *Radiografía de la pampa*, un jurado, integrado por Leopoldo Lugones, le concedió el primer Premio Nacional de Literatura del año 1929, por sus libros *Túteres de pies ligeros* y *Humoresca*. De la notoriedad consecuente derivaron, en primer término, juicios que terminaron de caracterizarlo como poeta «aristocrático», carente de «resonancia nacional»⁷⁴ y también su definitiva inclusión en uno de los dos polos, ejemplificados en las posiciones de Rojas y Lugones, que tensionaban el espacio literario del momento con argumentos que exceden en mucho las pujas entre quienes privilegian el contenido y quienes exaltan la forma. En estos enfrentamientos estaban incluidos la finalidad del arte, los límites de la libertad del creador, el referente de los valores literarios y, sobre todo, la relación entre literatura e ideología, en la que Rojas estaba dispuesto a someter todo a los valores nacionales, para defenderlos del cosmopolitismo de la inmigración masiva, del individualismo y de la mimesis de Europa.

Nadie permaneció indiferente ante estas tensiones. El propio Lugones, que en sus *Poemas solariegos*, publicados en 1927, incluyó un soneto que equipara el labriego al extranjero y que, por primera vez, aunque de manera tímida, adopta la perspectiva del inmigrante, al sugerir sus sentimientos y proyectos,⁷⁵ sintió la necesidad de encabezar su poemario con una «Dedicatoria a los antepasados» en la que destaca que la vinculación de su progenie con la tierra había cumplido ya cuatro siglos.⁷⁶

Las profundas diferencias de Rojas y Lugones en lo literario y en lo estético se reparaban en el discurso ideológico referido a sus propios orígenes. Este discurso no comprendía a Martínez Estrada.

Inmigración y soledad

En *Humoresca*, que reúne poemas publicados entre mayo de 1924 y agosto de 1929,⁷⁷ Martínez Estrada, nunca bien dispuesto a hablar de sí mismo, desliza, amparado por momentos en la ironía, una información autobiográfica que entabla interacción con pasajes de sus libros anteriores

⁷⁴ Stabb [1966], 1968, 227, n. 4: «Los tres libros que ha publicado anteriormente [*Oro y piedra*, *Nefelibal*, *Motivos del cielo*] gozan de cierta impopularidad, debido sin duda a la aristocracia de su poesía» (López Merino [1927], 1968, 209).

⁷⁵ «Sumido en una vaga grima de patria ajena, / traba el viejo lombardo [...] en suelo de hipotecas rurales anticipa / con probidad astuta la renta del barbecho» («El labriego», en Lugones [1927], 1952, 824).

⁷⁶ «Que nuestra tierra quiera salvarnos del olvido, / por estos cuatro siglos que en ella hemos servido» («Dedicatoria a los antepasados», en Lugones [1927], 1952, 806).

⁷⁷ Adam 1968, n. 91, 100, 101, 103, 107, 113, 115, 116, 118, 120 y 122, 40-43.

En una época de la vida en que, según él, «el hombre empieza a recordar su «historia», se define como un poeta que, movido por un «afán prolijo», escribe, con «esfuerzo» y «apremio», versos que a veces consigue publicar y con los que ha compuesto libros, ninguno de los cuales ha llegado, sin embargo, a ser «un gran libro»;⁷⁸ obtuvieron, es cierto, premios con los que tanto el gobierno nacional como el municipal protegen «el culto del estado», consistentes en «plata» que, por lo poca, solo fue buena para «malgastarla» en «golosinas», «objetos de arte», «libros» — «el oro que adoro» — y viajes por Europa, que contribuyeron a «atemperar» su «fiebre». Pero como, a pesar de los premios, nadie más que él los leyó, sus libros no le dieron la «gloria», no le abrieron el «mundo», y el poeta se siente como quien «ha jugado a un juego» en que entrampó su vida.⁷⁹

El gran amor por la esposa no pudo realizarse en un hijo ni es capaz de trascender la soledad esencial del ser humano: «somos islas y el mar se extiende entre ellas». El hogar, sin embargo, donde la mutua entrega de dos vidas «calma» la fiebre del poeta, que los viajes sólo atemperan, aísla de la incompreensión y del combate externos, es la paz; en el hogar se es feliz, «que es lo importante», pero no «célebre», mientras llega la muerte.⁸⁰

El poeta ha luchado por su ideal, la «gloria», pero no por la «imperecedera», que llega de manera casi inevitable después de la muerte, ni tampoco por la de ser reconocido solo por algunos; ha luchado por la gloria del aplauso inmediato al gesto del artista que «arrebata a enormes multitudes». En sus sueños de juventud, el concertista — no el compositor — Pablo Sarasate encarnaba este ideal: de haber poseído su «virtud diabólica y secreta», Martínez Estrada habría alcanzado el aplauso de las multitudes y, consecuentemente, la popularidad, la nobleza, el favor de las mujeres y el «oro» — no la plata — suficiente para «tirar el dinero porque sí». Esta hipérbole con que el autor se ironiza, de manera casi sarcástica, no invalida — más bien refuerza — la sinceridad de su deseo de alcanzar la celebridad, a la que el «mester» de «artista» lo habría acercado más que la «suerte aleatoria» del mester de poeta.⁸¹

Al comparar su nombre — Ezequiel, nombre de profeta — con el de Sarasate, «nombre de taumaturgo y no de hombre»,⁸² Martínez Estrada indica que a su anterior definición de poeta debe agregársele la del hombre que se siente profeta; estas percepciones de su forma de ser en el mundo se explican con precisión en su poesía anterior. Para él, la condición de profeta es doblemente humana, en primer lugar porque implica reconocer un orden divino trascendente⁸³ que, al establecer la continuidad, permite reconocer en el presente los indicios del futuro, y también porque la profecía no consiste en un don sino en un poder que se adquiere, de manera definitiva, en tensión nerviosa⁸⁴ y con el mismo esfuerzo y apremio

⁷⁸ «Ezequiel Martínez Estrada» v. 21-24, en Martínez Estrada [1929b], 1947², 274; «compila los versos que consigo publica» («Humoresca de la vocación», v. 138-159 en Martínez Estrada [1929b], 1947², 295).

⁷⁹ «Humoresca de la vocación», v. 13-24, 31-47, en Martínez Estrada [1929b], 1947², 291; «Drake», v. 40, *ibidem*, 277.

⁸⁰ «Sueño», v. 22, en Martínez Estrada [1929b], 1947², 275; «Busca la compañera que te ofrende su ofrenda y a quien dedicar puedas la esencia de tu vida/ porque en días futuros no hallarás quien te entienda/ ni quien calme tu fiebre ni quien cure tu herida» («Para viajar bien, viajeros», v. 1-4, en Martínez Estrada [1918], 1947², 16).

⁸¹ «Humoresca de la vocación» v. 3-5, 23-27, 63, 77, 130-151, 48-49, *ibidem*, 291-295.

⁸² *Ibidem*, v. 52 y 60-62, 292-293.

⁸³ «Y este gozo de ser un divino administrado/ no se sabe quién», («Humanidad», 10-12, en Martínez Estrada [1918], 1947², 35).

⁸⁴ «En la tensión nerviosa de un vuelo perentorio/ he logrado esta cumbre» («Argentina», I, v. 1-2, en Martínez Estrada [1927], 1947², 143).

con que se alcanza la condición de poeta, ya que éste implica a aquél: el poeta es, por esencia, un «visionario»,⁸⁵ y el profeta, alguien que es capaz de «ver» más que el resto de los hombres. Pero ver no es solo prever, es una percepción integral que permite, además, «hacer del mundo ajeno un mundo propio»,⁸⁶ con lo que el artista, el poeta, convierte a todos los demás en objetos de su vista, de su percepción, lo que implica para él una soledad irreparable, ya que se trata, según se ha visto, de un poder definitivo. Alcanzar el grado máximo de ese poder, estar «todo en los ojos»,⁸⁷ es como haber escalado una alta cumbre sin poder descenderla: se está solo, con la única ayuda de los seres «elementales»,⁸⁸ y se tiene conciencia de estar destinado a morir solo, pero junto con ese sufrimiento, se siente la «voluptuosidad»⁸⁹ de recibir durante «más tiempo» la luz «extraordinaria» del sol,⁹⁰ y desde allí la «vista aguda y vasta» alcanza la «lejanía mayor».⁹¹

Desde una perspectiva genealógica, su condición de poeta se presenta como una herencia materna,⁹² mientras que su padre, de quien sin embargo hereda el Ezequiel de profeta, queda vinculado al mundo de la niñez y la adolescencia, y de los sueños de juventud.

La adolescencia, los «buenos días» de los «propósitos vehementes», de las «temuras» y los «besos»⁹³ transcurrieron en el pueblo y terminaron con un alejamiento físico, una partida que, por resultar definitiva, dio comienzo a las «épocas sombrías» de la lejanía, del aislamiento, también definitivo, de la prematura soledad.⁹⁴ La lejanía convirtió al pueblo, de por sí pequeño, en un recuerdo tan remoto que el poeta no sabe si es producto de su «fiebre», y tan frágil que teme evocarlo. Solo perdura la imagen de la casa rodeada por los signos de la pampa — la tierra, el viento, el sol y la luna — y la visión del poeta niño, «cantando» canciones infantiles.⁹⁵ En el pueblo y durante la adolescencia, el nacimiento de los «propósitos vehementes» se vinculó al padre, el «especiero minorista» de «carácter austero», que, ya cuando él tenía cinco años, le contaba con qué fácil virtuosismo tocaba el violín Pablo Sarasate, con quien, allá en Pamplona, jugaba «a pelota».⁹⁶

⁸⁵ «Es que en la cruz de su calvario/ ha muerto triste y solitario/ un nuevo hermano visionario.» («Respuesta a un poeta» en Martínez Estrada [1922], 1947², 95).

⁸⁶ «La afanada visión del sueño de opio/ nos da la clave de esta aguda vista/ que permite al artista/ hacer del mundo ajeno un mundo propio.» («Los esquemas», III, v. 1-4, en Martínez Estrada [1924], 1947², 135).

⁸⁷ «Argentina», I, v. 5, en Martínez Estrada [1927], 1947², 143.

⁸⁸ «Porque en la solitaria labor nos dan su ayuda/ seres elementales del árbol o del friso;» («Motivos del cielo», v. 11-12, en Martínez Estrada [1924], 1947², 99).

⁸⁹ «Qué voluptuosidad la del contacto/ del ojo que es oído y ojo y mano!» («Voluptuosidad» v. 9-10, en Martínez Estrada [1924], 1947², 132).

⁹⁰ «Verdad que la alta cumbre es siempre solitaria/ y glacial, pero en ella la fontana diaria/ del sol vierte más tiempo su arrieta extraordinaria.» («Claridad», v. 7-9 en Martínez Estrada [1922], 1947², 83).

⁹¹ «Argentina», I, v. 5-7, en Martínez Estrada [1927], 1947², 143.

⁹² «De mi madre [heredé], un volumen de versos y figuras/ furrado con mi cuerpo» («Ezequiel Martínez Estrada», v. 11-12, en Martínez Estrada [1929b], 1947², 273).

⁹³ «Rememoración» v. 11 en Martínez Estrada [1918], 1947², 35.

⁹⁴ «Pasó el tiempo y nosotros permanecemos/ aislados, lejos, definitivamente/ aislados, lejos. ¿Es que acaso sabemos/ por qué nos fuimos definitivamente?/ Nada anunciaba en aquellos buenos días/ de adolescencia, el prematuro fin/ de soledad: estas épocas sombrías, de soledad, estas tristezas, este fin.» («Rememoración», v. 1-8, en Martínez Estrada [1918], 1947², 35).

⁹⁵ «Apenas te distingo, fragmentario/ de tan lejano y tan pequeño.» «La casa amplia tenía/ rejas en las ventanas y la luna tras ellas.» «Y nada más, Dios mío/ y nada más que el sol, las lágrimas y el viento./ Ah, para siempre inmóviles recuerdos tan remotos/ que no sé si son míos, si ciertos o de ficción/ Tengo miedo al tocarlos, porque están casi rotos.» («San José de la Esquina», v. 1-2, 5-6, 21-25, en Martínez Estrada [1927], 1947², 179-180).

⁹⁶ «Humoresca de la vocación», v. 53 y 64-70, en Martínez Estrada [1929b], 1947², 292-293.

Los elementos de esta autobiografía poética se entretienen, entre sí y con la producción literaria posterior, sobre un tema central: la relación del hombre con su tierra. En un pueblo reciente de la pampa nueva, donde todos son inmigrantes internos o externos, el niño, sin tener clara conciencia de ello, empezó a esbozar un proyecto vital, estimulado por las narraciones con que su padre, «buen navarro, buen patriota», evocaba al notable del lejano terruño de su niñez. Más tarde, ya hombre y poeta laureado, después de haber cumplido, gracias a sus premios de poeta, con el casi ritual viaje con que el hijo del inmigrante reconoce la tierra ancestral, donde besó, «temblando de emoción», el violín de su ídolo ya inalcanzable.⁹⁷ escribe un poema en el que se presenta, repitiendo el recurso ya usado en otro que evocaba su pueblo natal, como un niño que, «siempre junto a las sayas de su madre», «apenas» sabía cantar rondas infantiles, muy diferente de aquel otro niño, el virtuoso que conoció por su padre. Entonces imagina que sólo alentado por la gloria consecuente a la realización de aquel proyecto infantil, que fue creciendo con él hasta convertirse en un sueño de juventud, hubiese llegado a ser, «cantando por el mundo», un vagabundo, libre y solitario como un pájaro. Sólo así, «quizás no hubiera vuelto» a su «suelo materno»⁹⁸ y hubiese podido saciar la «sed de aventuras» heredada de su padre inmigrante.⁹⁹ Pero esta caracterización de su gloria inalcanzable, de su frustración, remite a la alabanza que en *Argentina* había hecho del «espíritu emprendedor» de los inmigrantes, derivado de ser «hombres transhumantes», «de paso hacia cualquier parte», sin «una ruta preconcebida»;¹⁰⁰ también remite a su «Himno» a la Nación Argentina, esa nave destinada solo a «andar», para «ir más allá del sol y el azul todavía», entre la admiración de las «muchedumbres extranjeras».¹⁰¹ El recuerdo de su infancia de hijo de inmigrante, la frustración de no haber sido un artista internacional, consecuente con la sed de aventuras heredadas de su padre, y los inmigrantes protagonistas de la historia nacional se asimilan, en la expresión, a los habitantes pampeanos de los pueblos y del campo, presentados, en *Radiografía de la pampa* como «seres de paso», como «transeúntes», como «gentes psicológicamente en tránsito».¹⁰²

La diferencia más evidente entre los inmigrantes de su poesía y los de *Radiografía de la pampa* es la soledad de estos últimos, soledad que, en lo autobiográfico, encuentra su primera manifestación en el ya recordado poema «Rememoración»,¹⁰³ de *Oro y piedra*, temprano testimonio de que Martínez Estrada experimentó, ya en su niñez, el sentimiento de soledad derivado de irse «definitivamente» de un lugar considerado propio. Más tarde

⁹⁷ *Ibidem*, v. 64, 55-60, 94-97. El primer Premio Municipal de Poesía, del año 1927, correspondió a *Argentina* y consistió en doce mil pesos (Sebreli [1960], 1986³, 109). Martínez Estrada viajó ese año, con su esposa, por Portugal, España, Francia e Italia y publicó «Humoresca de la vocación» en julio de 1929 (Adam 1968, n° 120, 43 y 245).

⁹⁸ «Humoresca de la vocación», v. 71-76, 65-70, 152-155 y 102, en Martínez Estrada [1929b], 1947², 293-295.

⁹⁹ «Esequiel Martínez Estrada» v. 9-10, *ibidem*, 273.

¹⁰⁰ Véase nota 67.

¹⁰¹ Véase nota 65.

¹⁰² «Es muy difícil obtener cohesión en un país en que la población se parece mucho a pájaros asentados después de desbandarse» (RP, II, 11, «Distancias», 100); «se piensa que son [...] transeúntes a los que sorprendió la noche en el pueblo» (*ibidem*, 103); «en el paso indolente del transeúnte» (*ibidem*, 105); «pero él vuelve a encontrarse de nuevo extranjero en su patria» (*ibidem*); «sus personas y sus cosas, pájaros asentados después de un largo vuelo» (RP, II, 11, «Hostilidades de la soledad», 112); «nada hay [...] más duradero que el transeúnte» (*ibidem*); «nos sentimos como aceros sin pasado, de paso» (*ibidem*, 121); «gentes psicológicamente de tránsito» (*ibidem*, 122).

¹⁰³ Véase nota 94.

incorporó ese sentimiento a otros aspectos de su experiencia vital, al poeta, que está solo porque muy pocos lo leen, y al profeta, aislado por su capacidad de ver más y desde el otro; finalmente lo convirtió en elemento central de su cosmovisión: ni en la felicidad del hogar se quiebra la soledad esencial del hombre.

Cuando, el 9 de diciembre de 1932, en el poema leído en la fiesta con que se celebró el otorgamiento del Primer Premio Nacional de Poesía, Leopoldo Lugones, al proponerle un brindis con el «fútil mosto bohemio», lo incitó a proseguir «haciendo gala del Gay Mester en que es doctor»,¹⁰⁴ Martínez Estrada, que ya antes había ironizado sobre la bohemia y los premios,¹⁰⁵ respondió que hasta entonces había escrito con la mano izquierda pero que en adelante escribiría libros con la derecha.¹⁰⁶ Esta explícita negativa a continuar con el tipo predominante de tarea realizada hasta el momento, debe de haber resultado innecesaria para quienes hubiesen leído el recientemente publicado artículo sobre la soledad de los pueblos, que luego, según se ha visto, se incorporó a la segunda parte de *Radiografía de la pampa*, libro que, por otra parte, ya estaba escrito.¹⁰⁷

La respuesta de Martínez Estrada no constituye entonces un proyecto de realización futura sino la manifestación pública de cambios interiores ya cumplidos, según se ha visto, entre 1927 y 1932, que, en lo formal, consistieron en el abandono, durante treinta años, de una poesía destinada a la indagación de emociones o a las celebraciones,¹⁰⁸ para dedicarse por completo a una prosa expresiva de lo que él consideró su capacidad de «ver claro», de «ver a través de la materia», su capacidad de «profeta» orientada a «explicar los fenómenos sociales».¹⁰⁹ La publicación de *Radiografía de la pampa* mostró la faz ideológica de esos cambios. La nación, antes presentada como una entidad perfecta, que recibe, beneficiándola substancialmente, una inmigración destinada a ser un aporte más a su opulencia, apareció como un todo en constitución, del cual los portadores de la cultura europea constituyen el elemento nuclear.

En estos cambios incidieron sin duda componentes personales: su visita a Europa y a la tierra de su padre, que le permitió experimentar una relación del hombre con la naturaleza, organizada en dimensiones más asibles;¹¹⁰ la elaboración del abandono de su lugar de nacimiento, que lo llevó a aceptar que, en los pueblos de la pampa, los hijos «estudian y entonces se quedan en Buenos Aires, avergonzándose de los padres y de su apellido»;¹¹¹ y

¹⁰⁴ Lugones [1929], 1947², v. 47 y 35-36. Lugones parece aludir a las tensiones literarias de la época: «Padre usted del mismo vicio/ promotor de tanta querrela» (v. 19-20); «y con el mismo buen humor/ eche al pedante su cabestro/ pues no hay más arte, al fin, que el nuestro/ con patria, luz, gracia y honor» (v. 37-40).

¹⁰⁵ «Premios/ con que protegen el gobierno y la Comuna/ —lo mismo que en Bohemia se hace con los bohemios—/ el culto del Estado» («Humoresca de la vocación», v. 19-22 en Martínez Estrada [1929b], 1947², 293).

¹⁰⁶ Stabb [1966], 1968, 227.

¹⁰⁷ Véase nota 55 y Sebreli [1960], 1986³, 110.

¹⁰⁸ En 1939 publicó *Copias de ciegos*, un conjunto de cincuenta y un poemas cortos dedicados a Antonio Porchia, el último de los cuales explica su retorno al «cantar» que lo acompañaba desde la niñez pueril: «Lo que no puedo expresar/ por recóndito y profundo/ me es muy fácil de cantar» (Martínez Estrada 1939, 59).

¹⁰⁹ «Solo en instantes —rápidos— veo claro» (Esequiel Martínez Estrada a [Arnaldo] Orfila [Reynal], Goyena, 14. 04. 47, en Adam 1968, 152); «Sí, están claramente dibujadas, porque las he copiado como las vi» (E.M.E. a A.O.R., Bahía Blanca, 11.09.49, en Adam 1968, 156); «veo que no soy bisco, sino que puedo mirar de costado con los ojos bien plantados»; «como en mis veinte años, cuando veía yo a través de la materia» (E.M.E. a A.O.R., Bahía Blanca, 20.11.49, en Adam 1968, 156 y 157); «conocer algo de mecánica, de física, para explicar los fenómenos sociales» (E.M.E. a A.O.R., Bahía Blanca 06.07.1950, en Adam 1968, 158).

¹¹⁰ Véase nota 15.

¹¹¹ RP, II, 11, «Hostilidades de la soledad», 79; «y no el nombre que tengo, de profeta/ y de especiero minorista/ con un pistoletazo en cada zeta» («Humoresca de la vocación», v. 52-54, en Martínez Estrada [1929b], 1947², 292).

la simultánea resistencia a ser considerado un poeta de minorías y a someter a una estrategia ideológica su sentido de la irrenunciable libertad del creador. Más decisivas parecen, sin embargo, las muy poderosas aunque recientes actitudes ideológicas destinadas tanto a cuestionar la participación plena del inmigrante en la vida socio-cultural del país, cuanto a predeterminar el desempeño social del hijo de ese inmigrante. Esas actitudes competían por el control del espacio social mediante discursos sobre los orígenes de la nación, por los que Martínez Estrada no se sentía representado.

En *Radiografía de la pampa*, la intención de intervenir en la puja ideológica contemporánea, aportando una perspectiva hasta entonces no asumida, se evidencia en refutaciones puntuales y directas, aunque de destinatario implícito, como la dirigida contra el «indianismo» de Rojas,¹¹² y se hace aún más clara en dos esquematizaciones que, aunque orientadas a reforzar la eficacia retórica del texto, en ocasiones resienten la lógica de su argumentación. En primer lugar, Martínez Estrada convierte la pampa nueva, la del ferrocarril y los pueblos, la del alambrado y la agricultura, la de la ocupación reciente, en sinónimo de pampa y en símbolo del país. El resto, el «mundo antiguo y primitivo», queda así reducido a un antagonista necesario cuya derrota resulta ineludible para poder cumplir con el destino europeo, con el destino histórico de Argentina y de América. La segunda esquematización reúne al inmigrante extranjero y al migrante interno, los habitantes recientes de esa pampa nueva, en «el hombre de llanuras»,¹¹³ una categoría con vestigios de determinismo geográfico¹¹⁴ que, a las diferencias culturales y psicosociales, antepone la similitud del objetivo en pos del cual se habrían desplazado hacia la pampa tanto el «extranjero» como el «nativo»: «hacer dinero pronto».¹¹⁵

Pero estas esquematizaciones no lesionan el logro de haber inaugurado un discurso destinado a presentar la evolución de la sociedad argentina desde la perspectiva y la psicología de los europeos recientemente instalados en la pampa y de sus descendientes. Es, sin duda, una posición ideológica nutrida en la propia historia personal y asumida con un compromiso cuya intensidad corroboran las decisiones tomadas por Martínez Estrada en los años posteriores a la publicación de *Radiografía de la pampa*. Así como el producto del premio municipal le permitió viajar a Europa y reconocer la tierra de sus padres, con el del premio nacional adquirió, en 1937, una chacra de cuatrocientas hectáreas, en Goyena, una estación ferroviaria de la pampa nueva, a seiscientos kilómetros de Buenos Aires.¹¹⁶ Desde entonces, a pesar de haber ejercido por segunda vez la presidencia de la Sociedad Argentina de Escritores, entre 1942 y 1946,¹¹⁷ en la correspondencia mantenida con sus amigos hasta 1951, fecha en que comenzó la enfermedad que lo postró hasta 1955, se presenta como un

¹¹² «Su experiencia/ la de las civilizaciones americanas/, desde la arquitectura y el arte hasta el derecho y la religión, no sirvieron al gran ensayo que el hombre venía realizando sistemáticamente en otros puntos; por eso es absurdo querer resucitarlos en su sentido arqueológico» (RP, II, 1, «Un mundo sin experiencia», 52).

¹¹³ «Todo hombre de llanura es oriundo de otro lugar» (RP, II, 1, «Los pueblos», 71).

¹¹⁴ Martínez Estrada, de formación autodidacta, escribió *Radiografía de la pampa* orientado por un determinismo mecanicista; así lo evidencian numerosas expresiones —«la conquista de América». Fue el punto dístico que permitió rectificar la visión teleológica» (RP, II, 1, «Aislamiento», 52) — y sus propias afirmaciones de años posteriores (E.M.E. a A.O.R., Bahía Blanca, 06.07.1950, en Adam 1968, 158).

¹¹⁵ RP, II, 1, «Hostilidades de la soledad», 79.

¹¹⁶ Adam 1968, 246; Sebrelli [1960], 1986³, 110.

¹¹⁷ Adam 1968, 246.

«chacarero», pendiente de lluvias y sequías, que pena con las cosechas y el «servicio doméstico rural» y está pendiente de las fluctuaciones de los precios del cereal.¹¹⁸

En el «rancho viejo»,¹¹⁹ Martínez Estrada, inmerso en el aislamiento cultural y social con que había racionalizado las causas del sentimiento de soledad del hombre de llanuras, reacciona de maneras encontradas; exhibe su «desconexión» de Buenos Aires¹²⁰ o denuncia que la pampa es un ambiente inadecuado para la creación literaria,¹²¹ pero también reencuentra sus «fantasmas»¹²² o siente que su hogar, cuando allí se instala, le devuelve la soledad que sus padres, y otros muchos, sintieron en esa tierra y bajo ese cielo: «La chacra está en paz. Es el campo, la soledad. ¡me gusta!». ¹²³

¹¹⁸ E.M.E. a Juan José Cassiet y señora, Goyena, 06.01.41, en Adam 1968, 138; E.M.E. a [Arnaldo] Orfila [Reynal], Goyena, 26.10.46, *ibidem*, 145; E.M.E. a A.O.R., Goyena, 08.11.46, *ibidem*, 146; E.M.E. a esposos Cassiet, Goyena, 12.12.48, *ibidem*, 139; E.M.E. a J.J.C., Bahía Blanca, 04.09.49, *ibidem*, 139.

¹¹⁹ E.M.E. a Juan José Cassiet, Goyena, 01.01.1940 en Adam 1968, 138.

¹²⁰ E.M.E. a [Arnaldo] Orfila [Reynal], Goyena, 22.2.49, en Adam 1968, 154.

¹²¹ E.M.E. a [Arnaldo] Orfila [Reynal], Goyena, 26.10.46, en Adam 1968, 145.

¹²² E.M.E. a [Arnaldo] Orfila [Reynal], Bahía Blanca, 06.07.50, en Adam 1968, 158.

¹²³ E.M.E. a [Arnaldo] Orfila [Reynal], Goyena, 18.03.47, en Adam 1968, 150.

BIBLIOGRAFIA

- ADAM, CARLOS. 1968. *Bibliografía y documentos de Ezequiel Martínez Estrada*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Letras, Instituto de Letras (Textos, documentos y bibliografías, III).
- ALBERDI, JUAN BAUTISTA. [1852] 1969. *Bases*. Edición crítica de Jorge M. Mayer. Buenos Aires, Sudamericana.
- ALSINA, JUAN A. 1898. *La inmigración europea en la República Argentina*. Buenos Aires.
- -. 1910. *La inmigración en el primer siglo de la independencia*. Buenos Aires: Felipe S. Alsina.
- BECHER, EMILIO. 1923. "[Sobre] *La victoria del hombre*", ROJAS 1923, 330-343.
- CORA-WALKER, ANA. 1987. "Cocoliche: The Art of Assimilation and Dissimilation among Italians and Argentines", *Latin American Research Review* XXIII, 3, 37-67.
- EARLE, PETER G. 1971. *Prophet in the Wilderness. The works of Ezequiel Martínez Estrada*. Austin and London: University of Texas Press.
- ECHEVERRÍA, ESTEBAN. [1837], 1940. *La cautiva*, Echeverría 1940.
- -. 1940. *La cautiva. El matadero. La guitarra. Elvira. Rimas*. Buenos Aires: Sopena.
- GUÉRIN, MIGUEL ALBERTO y OLIVER, JAIME. 1985. "El Buenos Aires ideal de la canción popular urbana", *Primeras jornadas de historia de la ciudad de Buenos Aires* (Municipalidad de Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires), 95-98.
- LÓPEZ MERINO, FRANCISCO. 1968. "[Sobre] *Argentina*", ADAM 1968, 209-210.
- LUGONES, LEOPOLDO. [1910], 1952. *Odas seculares*, LUGONES 1952, 421-480.
- -. [1927], 1952. *Poemas solariegos*, LUGONES 1952, 803-917.
- -. [1929], 1947. "Laureado del Gay Mester", ADAM 1968, 214-219.
- -. [1932], 1947. "Brindis jovial", MARTÍNEZ ESTRADA 1947, solapa anterior.
- -. 1952. *Obras poéticas completas*. Prólogo de Pedro Miguel Obligado. Madrid: Aguilar.
- MARTÍNEZ, ALBERTO. 1885. *Buenos Aires, 1580-1885*. Buenos Aires.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL. [1918], 1947². *Oro y piedra*, MARTÍNEZ ESTRADA 1947, 7-45.
- -. [1922], 1947². *Nefelibata*, MARTÍNEZ ESTRADA 1947, 47-96.
- -. [1924], 1947². *Motivos del cielo*, MARTÍNEZ ESTRADA 1947, 97-140.
- -. [1927], 1947². *Argentina*, MARTÍNEZ ESTRADA 1947, 141-199.
- -. [1929a], 1947². *Titeres de pies ligeros*, MARTÍNEZ ESTRADA 1947, 202-269.
- -. [1929b], 1947². *Humoresca*, MARTÍNEZ ESTRADA 1947, 271-323.
- ROJAS, RICARDO. [1909], 1922². *La restauración nacionalista. Crítica de la educación argentina y bases para una reforma en el estudio de las humanidades modernas*. Buenos Aires: La Facultad.
- -. [1912], 1922³. *Blasón de plata*. Buenos Aires: La Facultad.
- -. 1923. *Poesías*. Buenos Aires: La Facultad.
- -. [1924], 1951³. *Eurindia. Ensayo de estética sobre las culturas americanas*. Buenos Aires: Losada.
- -. [1927], 1968. "[Sobre] *Argentina*", ADAM 1968, 211-213.
- RP: MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL. [1933], 1953³. *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Losada.
- SARNIEN, DOMINGO FAUSTINO. [1845], 1953. *Facundo*. Prólogo de Inés Cárdenas de Monner Sans. Edición de Delia Etcheverry. Buenos Aires: Estrada.
- SEBRELLI, JUAN JOSÉ. [1960], 1986³. *Martínez Estrada, una rebelión inútil*. Buenos Aires: Catálogos.
- STABB, MARTÍN S. [1966], 1968. "Ezequiel Martínez Estrada: los trabajos formativos". Traducción de Marta Falfetti, ADAM 1968, 225-232.